

10 de abril de 2022 - Domingo de Ramos "C"

[Is 50:4-7; Fil 2:6-11; Lc 22:14-23,56](#)

Homilía

En este Domingo de Ramos leemos el relato de la Pasión según el evangelista Lucas. Como sabemos, Lucas es el evangelista de la misericordia. La tradición de la Iglesia primitiva que nos transmite en su Evangelio es la del amor infinito de Dios manifestado en Jesucristo. Ninguno de los evangelistas ha percibido y expresado mejor la sensibilidad del amor del Padre, que se manifestó en Jesús, especialmente hacia los pobres, los que sufren, los marginados por la sociedad. A lo largo del Evangelio, Lucas destaca la preocupación de Jesús por los débiles, por los huérfanos y las viudas, y también por los pecadores. En este contexto es bueno escuchar al Papa Francisco expresar repetidamente su sueño de una Iglesia pobre para los pobres y su llamada a introducir la ternura en todas las relaciones humanas.

Esta misma preocupación de Lucas, que se encuentra en todo su Evangelio, se manifiesta de manera muy especial en el relato de la Pasión que acabamos de escuchar. Pero, en primer lugar, Lucas nos revela la intimidad de la relación de Jesús con su Padre, por ejemplo en su oración en el Huerto de los Olivos (22,42). Incluso la cruz es sobre todo, para Lucas, el sacramento por excelencia del amor y la misericordia divinos. Insiste menos que los otros evangelistas en los aspectos dolorosos y crueles de la Pasión. Por ejemplo, no menciona la flagelación ni la coronación de espinas, ni otros elementos que tienden a subrayar la culpabilidad de los actores de este drama. Más bien quiere mostrar el amor del Padre por su Hijo y por todos los hombres, incluso en esta situación de dolor. Aquí, Jesús no aparece abandonado en el Calvario. Le acompañan sus familiares y amigos. En lugar de la cita del Salmo 21 que aparece en Mateo y Marcos ("Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" - Mt 27,46; Mc 15,34), Lucas pone en boca de Jesús la expresión de confianza sin reservas del Salmo 30,6: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Lucas no sólo presenta a Jesús como la víctima inocente, cuya inocencia es reconocida por Pilato y Herodes (23:4, 13-15, 20-22), sino que también lo describe en una actitud de comprensión y perdón misericordiosos. Casi todos son perdonados o excusados de alguna manera. Jesús cura la oreja de uno de sus agresores, herido por Pedro. De todos sus verdugos dice a su Padre: "Perdónales, porque no saben lo que hacen" (23,34). El centurión es un hombre recto que reconoce que "seguramente este hombre era justo" (23:47) y toda la gente vuelve a golpearse el pecho. Incluso Herodes y Pilato se reconciliaron aquel día (23:6-12).

Document extrait du [site de l'abbaye Notre-Dame de Scourmont](#), qui se trouve sur le territoire de Forges, à sept kilomètres au sud de la ville de Chimay, en Belgique. Notre-Dame de Scourmont est une abbaye de l'Ordre Cistercien de la Stricte Observance.

Lucas concibió así su relato de la pasión como una contemplación de la misericordia de Dios manifestada en Jesús. Al principio del Evangelio, durante su primera predicación en Nazaret, cuando Jesús había leído el texto del profeta Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí... me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres... a los cautivos la libertad... y a proclamar un año de aceptación por parte del Señor", había dicho, dejando el libro en su sitio: "Hoy se cumple esta escritura". Este relato abrió un bucle que se cierra al final del Evangelio, al final del relato de la pasión, cuando Jesús repite este "hoy". Hoy -dice al ladrón convertido- estarás conmigo en el paraíso. Todo se ha cumplido. La misericordia se ha cumplido. Acerquémonos todos a esta fuente de misericordia con confianza.

Armand Veilleux